

# *Las aventuras de la China Iron desde la teoría de Judith Butler*

Daniela Rocío Rodríguez González\*  
Universidad Nacional del Comahue  
[danielarodriguezgonzalez94@gmail.com](mailto:danielarodriguezgonzalez94@gmail.com)

Fecha de recepción: 31/08/21

Fecha de aceptación: 05/10/21

## RESUMEN

El siguiente trabajo se propone analizar la novela *Las aventuras de la China Iron* (2017) de Gabriela Cabezón Cámara desde una perspectiva *queer*, a partir de los planteos de la filósofa Judith Butler. Por un lado, se postula que la obra literaria posee algunas líneas de análisis factibles de ser trabajadas desde las diferentes categorías de Butler. Por otro lado, la teoría butleriana encuentra casos interesantes en los personajes del libro para reflexionar acerca de algunas de sus nociones, entre ellas, la ‘performatividad del género’, la ‘matriz de inteligibilidad heterosexual’, los cuerpos abyectos, la vulnerabilidad, la ‘precariedad’/‘precaridad’.

Recientemente se ha producido un giro ético en la teoría de Judith Butler en tanto propone una nueva ontología corporal que permita ampliar los derechos sociales de todos los sujetos. Su crítica a la necesaria producción de sujetos abyectos para mantener y producir la ‘matriz de inteligibilidad heterosexual’ la llevó a preguntarse por la vulnerabilidad de ciertos cuerpos, que se traduce en diferentes formas de opresión y olvido. En la novela de Cabezón Cámara, los sujetos que subvierten o se desplazan de dicha ‘matriz’ logran establecer lazos afectivo-corporales que parecerían presentar una línea de fuga respecto a los sujetos producidos por la ‘matriz’. Finalmente, forman toda una comunidad de seres disidentes de la heteronorma. En esa sociedad todos los cuerpos importan, pues la inteligibilidad no es producida por la ‘matriz’. Este libro, entonces, puede ser un caso de una nueva ontología corporal, como propone Butler.

*Palabras clave:* Butler. Heteronorma. Ontología corporal. Cabezón Cámara

## *Las aventuras de la China Iron from Judith Butler’s theory*

## ABSTRACT

The following work aims to analyze the novel *Las aventuras de la China Iron* (2017) by Gabriela Cabezón Cámara from a queer perspective, based on the ideas of the philosopher Judith Butler. On one side, it is postulated that the book has some lines of analysis that can be worked from the different Butler’s categories. On the other side, butlerian theory finds interesting cases in the characters of the novel to reflect on some of its notions, among them, the ‘performativity of gender’, the ‘matrix of heterosexual intelligibility’, abject bodies, vulnerability, ‘precariousness’ / ‘precarity’.

Recently, there has been an ethical turn in Judith Butler's theory as she proposes a new bodily ontology that allows the social rights of all subjects to be expanded. Her criticism of the necessary production of abject subjects to maintain and produce the ‘matrix of heterosexual intelligibility’ led her to wonder about the vulnerability of certain bodies, which translates into different forms

---

\* Es Profesora en Letras (2017), Universidad Nacional del Comahue (UNCo). En el año 2018, fue docente en la cátedra *Introducción a la Lingüística* de la carrera Tecnicatura Universitaria en Interpretación de Lengua de Señas Argentina-Español, dictada en la misma universidad. Actualmente, cursa la Licenciatura en Letras y la Maestría en estudios de las mujeres y de género (UNCo). Ha participado en diversas jornadas, talleres y congresos. También es docente en la escuela media.

of oppression and forgetfulness. In Cabezón Cámara's novel, the individuals who subvert or move from such 'matrix' manage to establish affective-bodily ties that seem to present a leakage line with respect to the subjects produced by the 'matrix'. Finally, they form a whole community of dissident beings of the heteronorm. In that society all bodies matter because intelligibility is not produced by the 'matrix'. This book, then, may be a case of a new body ontology, as Butler proposes.

*Key words:* Butler. Heteronorm. Body ontology. Cabezón Cámara

El siguiente trabajo se propone analizar la novela *Las aventuras de la China Iron* (2017) de Gabriela Cabezón Cámara desde una perspectiva *queer*, a partir de los planteos de la filósofa Judith Butler. Se divide en dos apartados, el primero de carácter teórico y el segundo analítico. La primera parte consistirá en un recorrido por diversas categorías centrales de la teoría butleriana, sobre todo la 'performatividad del género', la 'matriz de inteligibilidad heterosexual', los cuerpos abyectos conceptualizadas en *El género en disputa* (2007) y *Cuerpos que importan* (2008). Estas nociones permitirán comprender las categorías de vulnerabilidad, 'precariedad', 'precaridad' (2006; 2010).

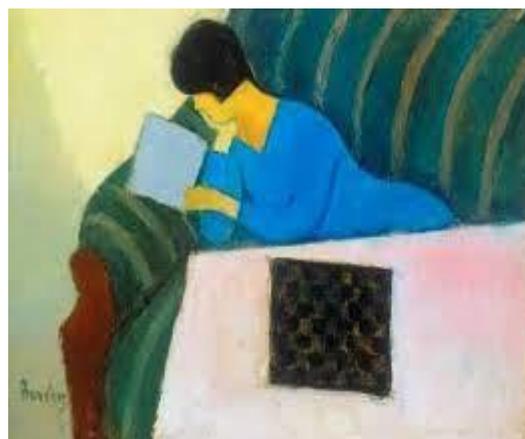
El segundo apartado analizará, a partir de las nociones trabajadas en el primer tramo, la novela de Cabezón Cámara. Se hará foco en los personajes de la China Iron y Martín Fierro, ya que son seres abyectos que subvierten –al menos en parte y en la medida de lo posible– las normas regulatorias de la matriz. Por último, se reflexionará sobre la comunidad de los *Iñchiñ*, como una población que plantea nuevos modos de relacionar los cuerpos.

## 1. Judith Butler

### 1.1 La performatividad

Judith Butler discute con las teorías (entre ellas, las feministas) cuyos planteos suponen la existencia pre-

discursiva del sexo. Dicha presunción está implicada cuando se presenta al sexo como lo natural, frente al género en tanto construcción cultural. De forma simplificada, este esquema plantea que todos nacemos con un sexo macho/hembra y que son los procesos culturales y sociales los que le imprimen un género masculino/femenino a dicho sexo. Butler (2007), en cambio, sostiene que el género es "el medio discursivo/cultural a través del cual la naturaleza sexuada o un sexo natural se forma y establece como 'prediscursivo'" (56). Este procedimiento se esconde, dando como resultado la errónea idea de que el sexo existe previo al discurso, a la cultura y que, por lo tanto, no puede ser discutido, ni sus relaciones de poder pueden ser desmanteladas.



Por el contrario, Butler explica que el sexo funciona como parte de una práctica reguladora con un componente productivo (Butler, 2008). Es un ideal

regulatorio que precisa de ciertas prácticas reguladas para materializarse (Butler, 2008). Por lo tanto, el sexo no es estático ni depende de la genitalidad. Butler plantea que existen procesos y normas reiterativos cuya continuidad y repetición logran esa materialización en los cuerpos, por lo que no es otra cosa que el efecto del poder. La importancia del sexo como norma reguladora es que será aquella que determine la inteligibilidad del cuerpo, y, por lo tanto, su vulnerabilidad.

De esta manera, es clave la noción de ‘performatividad’ para la teoría de Butler. En un primer momento, recupera los planteos de John Austin en *How to do Things with Words* (1962), acerca de los actos de habla performativos, esto es, aquellos actos que generan acciones al mismo tiempo que se las enuncia<sup>1</sup>. Sin embargo, la diferencia entre la performatividad planteada por Austin y la reconceptualización de Butler es que en la segunda no hay un acto de voluntad, mientras que en la primera sí (el hablante decide efectuar un acto discursivo performativo, sabiendo las consecuencias). En este punto, la autora retoma la reelaboración de la performatividad que realiza Jacques Derrida en *Márgenes de la filosofía* (1971), quien postula que este poder es derivativo, en tanto apela a un repertorio de citas codificadas. Así, “la norma del sexo ejerce su influencia en la medida en que se la “cite” como norma, pero también hace derivar su poder de las citas que impone” (Butler, 2008:34). Son las cadenas de repeticiones de ciertas citas e invocaciones las que producen el género, que se revela no como una sustancia sino como un verbo: un constante hacer. Esto no significa que exista un sujeto previo a las citas, al discurso. El sujeto, el yo emerge dentro

del proceso de generización, en la ‘matriz heterosexual’ que rige las relaciones de género.

Esta ‘matriz heterosexual’ es la que determina la inteligibilidad de los cuerpos y por tanto de los sujetos. Se trata de un régimen del poder discursivo que configura y construye subjetividades que solo podrán encajar en un esquema binario, hombre/mujer; masculino/femenino y heterosexual (hombre-masculino + mujer-femenino). No requiere la voluntad de los sujetos, porque es incluso anterior a ellos: demarca lo que califica como humano. De esta forma, solo son inteligibles los géneros que “instauran y mantienen relaciones de coherencia y continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo” (Butler, 2007:72). Estas relaciones supuestamente coherentes son en verdad ficciones configuradas por prácticas y normas reguladoras. Así, se naturalizan los “regímenes de poder convergentes de la opresión masculina y heterosexista” (Butler, 2007: 99).

En este planteo reside una de las claves de resistencia, porque, así como la ‘matriz de inteligibilidad’ determina qué sujetos son reconocibles y cuáles no, depende de los sujetos ‘no reconocibles’ para funcionar. Esto quiere decir que las propias prácticas reguladoras generan sujetos abyectos, que no se corresponden con la continuidad y coherencia que requerirían para ser inteligibles. Se configura un límite, una ‘zona de inhabitabilidad’ -poblada por no sujetos- para formar el exterior constitutivo del campo de los sujetos (Butler, 2008). La existencia de un campo abyecto es necesaria para la constitución de los sujetos, pues el repudio que produce dicho campo, así como la amenaza constante que representa, será clave para generar la identificación con el

<sup>1</sup> Se trata de los verbos propositivos “prometer”, “declarar”, “jurar”, etc.

‘fantasma’ normativo del sexo (Butler, 2008). Si antes dijimos que la ‘matriz de inteligibilidad’ determina qué califica como humano, lo que ocurre con los seres abyectos es que se cuestiona su propia humanidad. Se encuentran en ese exterior constitutivo que delimita lo humano y es en ese mismo lugar en el que constituyen una amenaza. Su existencia parecería ser paradójica: así como es necesaria, es también la posibilidad de rearticulación de los límites y de las normas reguladoras.

En este sentido, el género posee un carácter productivo, en tanto produce sujetos, a la vez que punitivo, dado que sanciona a quienes performan su género de una forma no aceptada por las normas reguladoras. En otras palabras, “como una táctica de supervivencia dentro de sistemas obligatorios el género es una actuación con consecuencias decididamente punitivas” (Butler, 2007:272). Los cuerpos abyectos son aquellos que no encarnan coherentemente la norma del género, el sexo, la práctica sexual y el deseo, por lo cual son castigados y expulsados, lo que los expone más a la violencia (como explicaré más adelante).

Sin embargo, para Butler aún hay esperanza. La clave se encuentra en que el género requiere de una constante repetición de normas para ser productivo. Esta reiteración necesaria muestra que, entonces, el proceso nunca termina y que por lo tanto jamás hay una materialización completa. Se trata de un proceso temporal, que a la vez que produce, se desestabiliza: “en virtud de esta misma reiteración se abren brechas y fisuras que representan inestabilidades constitutivas de tales construcciones” (Butler, 2008:30). La ‘performatividad’ disimula su historicidad, presentándose como natural y estable, pero en verdad los esquemas reguladores que determinan las rejillas de inteligibilidad son históricos, por lo cual son plausibles

de ser revisados y modificados. El género, así, es ficcional, y allí reside la posibilidad de subversión, aunque sea dentro de los límites establecidos por el poder. Por supuesto, no hay que perder de vista que cualquier intento de resistencia o subversión se hará siempre en los marcos de la ‘matriz’ y no será de forma exclusivamente voluntaria. Nunca se deberá a la soberanía del sujeto, porque dicha autonomía no existe, sino que será “porque hay una serie de normas históricas que convergen hacia el lugar de nuestra personalidad corporizada y que permite posibilidades de actuación” (Butler, 2009: 334).

Una de las maneras que la autora comenta como forma de poner en tensión la ‘matriz de inteligibilidad heteronormativa’ es el travestismo. Dado que la ‘performatividad’ es un proceso complejo, la subversión no es completa ni homogénea, sino que puede coexistir con la reafirmación de la ‘matriz’. En el caso del travestismo, vinculado a la parodia, lo que se problematiza es la ficción de un género original: no se imita el género verdadero sino a la copia, porque el género es en sí mismo una ficción, de allí su ‘performatividad’. Se parodia la idea de que haya un original y por ende una copia. En otras palabras, la necesaria repetición de formas muestra que el género no es una sustancia que pueda entonces ser copiada o parodiada. Así, el travestismo no es una parodia a una “mujer” o un “hombre”, porque no existe ninguna “mujer” ni ningún “hombre”, sino apelaciones al conjunto de citas. Lo que ocurre es que desnaturaliza la norma regulatoria –que se presenta como natural- que establece una continuidad entre género, sexo, práctica sexual, deseo. De esta manera, el travestismo “ofrece un modo de exponer, de poner en evidencia la incapacidad de los regímenes heterosexuales para legislar o contener

por completo sus propios ideales” (Butler, 2008: 333).

## 1.2 Cuerpos

Los cuerpos no son entonces entidades independientes ni prediscursivas. No existen con anterioridad al género ni son entes pasivos a los que se les imprime uno. En cambio, son materializados a partir de las prácticas reguladoras como el sexo, en tanto es una norma que vuelve inteligible ese cuerpo. Son efectos de las dinámicas de poder (Butler, 2008). Es entonces donde surge la distinción entre los cuerpos que importan y los que no: estos últimos son aquellos que no materializan coherentemente la norma y que además son necesarios para funcionar como el exterior de aquellos que sí. Los cuerpos abyectos, las vidas abyectas, no valen la pena de ser protegidas ni lloradas.

Los cuerpos están expuestos a “fuerzas social y políticamente articuladas” (Butler, 2010: 16), así como al deseo, el trabajo, el lenguaje, entre otras exigencias sociales, que hacen posible su persistencia. Esto da cuenta de la falsedad de una idea de los cuerpos y los seres como entes autónomos. En cambio, Butler muestra la condición social del cuerpo, que no puede desprenderse de su relación con los otros. Esta dimensión pública del cuerpo es clara en tanto siempre estamos en contacto con otros cuerpos más o menos vulnerables (Butler, 2006). Nos componen lazos que nos ligan con otras personas, no posteriormente a la formación del yo, porque no existe un yo sin otros.

Es por ello que la vulnerabilidad y la pérdida son consecuencias de la sujeción a otros cuerpos, una exposición que genera distintos grados de violencia

(Butler, 2006). Esos distintos grados de violencia no son azarosos ni homogéneos. Existen condiciones políticas y sociales que exacerbaban la vulnerabilidad, mientras otras vidas están más protegidas. Como expliqué antes, hay cuerpos que importan y otros que no: así, algunos cuerpos son más vulnerables y más susceptibles de sufrir violencia que otros. Asimismo, no todas las pérdidas merecerían ser lloradas, pues la distribución diferencial del dolor determinará si la vida perdida puede tener un duelo o no, produciendo y manteniendo “ciertas concepciones excluyentes de quién es normativamente humano” (Butler, 2006: 17). En otras palabras, una vida que no se considera digna de ser llorada, no era anteriormente aprehendida como viva (Butler, 2010).

Para explicar estas ideas Butler establece una distinción entre la ‘precariedad’ y la ‘precaridad’<sup>2</sup>. La ‘precariedad’ es una condición compartida por todos los humanos en tanto somos vulnerables, ya que estamos expuestos a distintos factores que amenazan nuestra existencia. Es coincidente con el nacimiento. La ‘precariedad’ implica vivir en sociedad, o sea, “el hecho de que nuestra vida está siempre, en cierto sentido, en manos de otro; e implica también estar expuestos tanto a quienes conocemos como a quienes no conocemos” (Butler, 2010:30). Para subsistir necesitamos, mínimamente, alimento, cobijo, utensilios de salud, y distintos elementos que no podemos obtener y/o manejar por nosotros mismos: somos dependientes de los otros, necesitamos su ayuda constantemente. Una vida puede ser suprimida por numerosas circunstancias, incluso por otra vida. La vida es intrínsecamente frágil, amenazada todo

<sup>2</sup> *Precariousness* y *Prearity* en el idioma original.

el tiempo por diferentes peligros que pueden acabarla. Como expliqué en los apartados anteriores, el cuerpo es constitutivamente social e interdependiente, lo cual queda demostrado al pensar en la ‘precariedad’ como una condición compartida por todas las personas (Butler, 2010). Así, “precisamente porque cada cuerpo se encuentra potencialmente amenazado por otros que son, por definición, igualmente precarios, se producen formas de dominación” (Butler, 2010:30).

Vinculada a la ‘precariedad’ aparece la noción de ‘precaridad’, que hace referencia a la “condición políticamente inducida de la precariedad en la que ciertas poblaciones adolecen de falta de redes de apoyo sociales y económicas” (Butler, 2010: 46), por lo cual están exponencialmente más expuestas a la violencia. Todas las vidas son precarias, sin embargo, no todas están amenazadas en el mismo grado ni por las mismas circunstancias. Existen poblaciones más vulnerables, tal como se explicó con la noción de vulnerabilidad y la idea de cuerpos que importan: muchas vidas peligran por vectores de género, raza, clase, etnia, etc. El impulso de vivir no es suficiente para la subsistencia y la distribución de los elementos y las redes sociales de sostenimiento necesarias para que la vida peligre lo menos posible es desigual.

## 2. Análisis: *Las aventuras de la China Iron*

### 2.1 La China Iron

La novela *Las aventuras de la China Iron* de Gabriela Cabezón Cámara, editada por Random House en 2017, es

plausible de ser analizada a partir del recorrido teórico realizado en el apartado anterior. La historia dialoga con el *Martín Fierro* de José Hernández, retomando el personaje de la esposa de Fierro, esta vez como protagonista<sup>3</sup>. La novela narra la travesía de la China Iron desde que Martín Fierro es reclutado forzosamente al fortín. La China se queda sin su marido y aprovecha que Elizabeth –Liz-, una inglesa que ha venido a Argentina con su esposo quien también ha sido reclutado por la leva, va a viajar a buscarlo. La China miente diciendo que viajará para traer de regreso a Fierro, aunque en realidad lo que quiere es cambiar su vida en la tapera, dejando a sus hijos allí, al cuidado de otra familia.

En ese viaje, la China se auto descubre y se transforma numerosas veces. Al principio de la historia la China es una mujer cis heterosexual. No se trata de decisiones voluntarias ni conscientes, sino que obedece a la ‘performatividad’ concebida por Butler. Al igual que el resto de los sujetos, ella ha emergido dentro del proceso de generización, en la ‘matriz heterosexual’. Sin embargo, distintos personajes y experiencias harán que ella pueda reflexionar acerca de la naturaleza supuestamente inmutable de su género, sexo, deseo. El primer hecho ocurre cuando se quita las enaguas, se viste de varón y le pide a Liz que le corte el cabello. Esto lleva a que diferentes personajes no puedan procesar su imagen, ya que se crea una fisura en la coherencia y continuidad entre sexo, género, práctica sexual y deseo. Tal es el caso de Rosario, un gaucho que conocen poco después y que se une al viaje: “lo que lo tendría confundido a Rosario sería yo, con mi ropa de varón y mi cara imberbe” (Cabezón Cámara, 2017:45).

<sup>3</sup> En el poema original no aparece más que en tres versos, siempre presentada desde la visión de Fierro.

Pronto queda demostrado que la China vestida de hombre y con el cabello corto es leída generalmente por el resto como un varón. Más adelante llegan al fortín y para evitar riesgos, simulan ser una delegación inglesa. En el caso de la protagonista, aparenta ser un varón inglés, hermano de Liz. Su papel de hombre se ve reforzado por el nombre “Joseph” (versión masculina de Josephine, uno de los nombres de los que la China se apropia) con el cual se presenta. Hay que aclarar que la China no finge en el sentido de ocultarse o esperar a estar sola para volver a ser ella, sino que experimenta ese nuevo género como un descubrimiento de quién puede ser por fuera de las normas que le han impuesto un género femenino. De esta manera, su travestismo puede ser conceptualizado en los términos de Butler de una ‘subversión’ (aun si esta no es completa ni homogénea), en tanto le permite a la China vislumbrar las fisuras de la ‘performatividad de género’: en cuanto ha dejado de repetir el conjunto de citas que le hacían vivir un género femenino, descubre que el género no es natural ni estable como creía. Hay una grieta en la continuidad sexo, género, deseo que es posible de ser habitada. Así, la China aprovecha la debilidad de la norma al habitar las prácticas de su rearticulación (Butler, 2008).

Sin embargo, la ‘subversión’ de la China no se limita al travestismo. Más bien, el travestismo, junto a su amor homosexual hacia Liz, funcionan en ella como mecanismos de auto-descubrimiento que la llevan a transformarse varias veces. Una vez que abandonan el cuartel, la China continúa con el cabello corto y vistiendo ropas de hombre, aunque ya no requiere aparentar ser uno. Más adelante, varios personajes se refieren a ella como mujer y como hombre en la misma frase: “my girl, my good boy” (Cabezón Cámara, 2017:154) [“Mi buena chica, mi buen chico”] la

llama Liz, y Kauka le da la bienvenida a la fiesta llamándola “mi querida muchacho inglés” (151). De esta manera, la China muestra cómo la esencia o identidad que se pretenden afirmar con ciertos actos y gestos –supuestamente femeninos- son “invenciones fabricadas y preservadas mediante signos corpóreos y otros medios discursivos” (Butler, 2007:266). La China no parodia a los hombres, ni deja de ser mujer, porque ninguno de ellos existe como géneros verdaderos: son todos ‘performáticos’ en tanto imitan –constantemente- una copia, una ficción. Ella misma, al final del libro, se define en torno a la fluctuación, “Yo misma, que puedo ser mujer y puedo ser varón” (Cabezón Cámara, 2017:181). Ella se auto denomina como un “alma doble”: “Así nos vieron, como una caravana regida por una carreta con sus tres personas, una mujer, un hombre y un alma doble...” (Cabezón Cámara, 2017: 148). Butler explica que el género es “una construcción que reiteradamente disimula su génesis” gracias a que “el acuerdo colectivo tácito de actuar, crear y garantizar géneros diferenciados y polares como ficciones culturales queda disimulado” (Butler, 2007:272). La China parece quebrar ese acuerdo colectivo (que, recordemos, no es voluntario) al transitar distintos géneros, o, mejor dicho, al borrar las supuestas diferencias al mezclar actos y realizaciones que corresponderían a géneros binarios y estables.

Otra cuestión que aparece en la novela y que es posible de ser analizada a partir de la teoría *queer* es la homosexualidad. La protagonista también rebasa la ‘matriz de inteligibilidad heterosexual’ al copular con diversas mujeres. La posibilidad de ser mujer (ya que la primera vez que se percata de que desea a Liz aún se identifica como mujer) y desear a otra mujer se presenta ante ella como algo

inimaginable al principio de la novela, cuando Liz la besa:

Acercó mi cara a la suya con las manos y me besó la boca. Me sorprendió, no entendí, no sabía que se podía y se me había revelado como una naturaleza, ¿por qué no iba a poderse? No se hacía, nomás, allá en el caserío, las mujeres no se besaban entre ellas aunque las vacas, me acordé, se montaban a veces las unas a las otras (Cabezón Cámara, 2017:39).

En esa escena se muestra la naturalización del deseo heterosexual explicada por Butler. La China no comprende, porque besarse con una mujer escapa a las posibilidades de deseo que ella conoce, es ininteligible. Al estar por fuera de la ‘matriz de inteligibilidad heterosexual’ ella ni siquiera contempla que “se pueda”, aunque no haya ningún impedimento físico. No tiene experiencias ni de ella ni de otras mujeres que no conoce, lo cual deja en evidencia que no se trata de una particularidad de la protagonista sino de concepciones colectivas. La heterosexualidad se inscribe como un régimen regulatorio que aparenta ser natural e inmutable, de allí que la China ni siquiera haya podido preguntarse por su orientación sexual, aun cuando ha dejado claro en la primera parte de la obra su descontento hacia su matrimonio con Fierro (incluyendo las relaciones sexuales con él).

Ese beso de Liz hacia la China es el primero pero no el último. Ya en el fortín, ambas mantienen relaciones sexuales. Esta experiencia nueva para la protagonista promueve en ella la reflexión sobre los cuerpos y sus límites, así como las distintas formas de

relacionarse. Lo mismo ocurrirá en el último tramo de la novela, cuando conoce a Kauka, una mujer *Iñchiñ* con la cual también tiene sexo<sup>4</sup>. Así, la China descubre formas de copular que escapan a las relaciones heterosexuales: “y también usó las tetas para meterlas adentro de todos mis agujeros” (Cabezón Cámara, 2017:115). Estos encuentros ponen en tensión “la construcción de límites corporales estables” que se basa en “lugares fijos de permeabilidad e impermeabilidad corpóreas” (Butler, 2007: 260) establecidos por la heteronormatividad.

Casi al final del libro, los límites corporales regulados por la ‘matriz de inteligibilidad heterosexual’ son de nuevo problematizados, debido a la copulación grupal que protagonizan la China, Liz, Kauka, Rosario, Catriel y Millaray: “nos revolcamos hasta ser tan sapos como los sapos que nos saltaban alrededor y sapos copulamos ahí en ese barro que parecía el principio del mundo y como habrá sido en el principio nos amamos todos sin pudores” (Cabezón Cámara, 2017:154). Los límites corporales se diluyen. En este punto de la historia, la China ya es un cuerpo abyecto, disidente, en tanto habita la zona de exclusión de los cuerpos que importan en términos de Butler.

## 2.2 Martín Fierro

Martín Fierro es otro personaje que se constituye como un cuerpo abyecto. Aparece en la última parte del libro, y cuenta su historia, la cual es muy diferente de lo que la China creía. Fierro explica que desde antes de casarse con ella era homosexual, y que en verdad eso fue lo que lo llevó a ganarla en la apuesta con el Negro<sup>5</sup>. En ese entonces la China

<sup>4</sup> Páginas 153 y 165.

<sup>5</sup> En el libro, el Negro apuesta a la China, a quien estaba criando, en un juego de truco que Fierro gana.

tenía un romance con un gaucho llamado Raúl, y, en la versión de la protagonista, Fierro lo mata por celos. Sin embargo, él cuenta que en verdad también tenía un romance con Raúl, quien lo deja por la China. Finalmente lo mata por temor a que Raúl contase todo: “Era hermoso y era juerte”; “Él me dejó a mí por vos”; “Igual que me lo robaste//yo te robé de su lao//vos pensaste que eran celos//pero siempre tuve miedo//de que cuente el entrevero//del tiempo que jue mi amado” (Cabezón Cámara, 2017:159).

Ese temor se vincula al exterior amenazante que constituye al sujeto. Butler explica que la ‘matriz’ excluyente requiere de una zona inhabitable que es un límite, un sitio de identificaciones temidas (2008:20). Para ser un sujeto, es necesaria una “identificación con el fantasma normativo del ‘sexo’” que se genera gracias al “repudio que produce un campo de abyección” que “crea la valencia de la ‘abyección’” y su condición de espectro amenazador para el sujeto” (Butler, 2008:20). Fierro, como todos los sujetos, teme que al saberse su deseo homosexual deje de ser un sujeto, ya que la zona que habitaría entonces es percibida como una amenaza a su propia inteligibilidad. Los regímenes de poder operan de tal forma que el gaucho intenta incluso vivir una vida heterosexual de acuerdo a las normas de la familia nuclear con la China: “después quise ser cabal//con casa, cría y mujer” (Cabezón Cámara, 2017:159).

Cuando la China habla con el Coronel, él le cuenta no solo que Fierro estuvo en su estancia bajo su mando sino también que descubrieron que era homosexual. Y que fue castigado por ello: “lo vieron a los arrumacos con otro negro como él. Les di estaca a los dos pero soy grande y conozco al mundo: a esos putos no hay estaca que los enderece” (Cabezón Cámara, 2017:121). Se explicita el carácter punitivo de los

regímenes de sexualidad. El contacto con alguien del mismo género es motivo de miedo, en primera instancia, y de castigo. No adecuarse a las normas regulatorias tiene su precio. Es posible pensar el cuerpo como “una sinécdoque del sistema social *per se*” por lo que “cualquier tipo de permeabilidad no regulada es un lugar de contaminación y peligro” (Butler, 2007:260). De esta forma, el sexo anal y oral entre hombres constituye un modo de permeabilidad corporal que no está permitido por el orden hegemónico, y que es concebido como peligroso y contaminante (Butler, 2007). Por consiguiente, esta interacción corporal ‘prohibida’ vuelve a Fierro un cuerpo vulnerable, más expuesto a la violencia por no cumplir la norma sexual. Su deseo homosexual autoriza a que su cuerpo sea violentado, en tanto es un cuerpo abyecto, una vida abyecta, no inteligible. Pertenece a esa numerosa población cuya asignación de ‘precaridad’ es extrema, por ser homosexual y gaucho.

Como muestra el *Martín Fierro*, los gauchos sufrieron extrema violencia durante la conformación del Estado-Nación argentino. Fueron utilizados como guerreros contra los indios y también como trabajadores de los campos para el ejército argentino sin recibir un sueldo y en condiciones indignas. La novela también narra esto cuando se encuentran en el fortín y el Coronel les cuenta su idea de progreso en la estancia: “un pueblo que pasa de amasijo de larvas a masa trabajadora imaginesé, milady, que no será sin dolor, pero, ay, hemos debido sacrificar nuestra conmisericordia, todos hemos de sacrificarnos para la consolidación de la Nación Argentina” (Cabezón Cámara, 2017: 92). Los gauchos no son vidas aprehendidas como tales. Son necesarios como fuerza de trabajo para la construcción de la patria, sus cuerpos son más vulnerables que, por ejemplo, el del

Coronel o los del ejército argentino. Cuando las protagonistas le consultan al Coronel si los gauchos comparten su visión de cómo debe ser la construcción de la ciudad civilizada, él responde “No, algunos entraron en razones a fuerza de estaca, otros de cepo, varios de unos cuantos latigazos y algunos se escaparon y nunca más volvieron” (Cabezón Cámara, 2017: 106). Los gauchos constituyen así una población marcada en el sentido de una asignación mayor de ‘precaridad’, por lo cual son vidas que no son del todo vidas, por lo que son “‘perdibles’, o pueden ser desposeídas, precisamente por estar enmarcadas como ya perdidas o desahuciadas” (Butler, 2010:53-54), lo que las expone a la ilegítima violencia estatal. Esto se muestra también en el reclutamiento forzoso por parte del Estado que sufre Fierro al inicio de la novela.

Sin embargo, Fierro es finalmente salvado por Cruz, cuando estaba a punto de morir como consecuencia de los castigos impuestos por el Coronel al denunciarle por robarle los versos. Cruz escapa con Fierro, lo esconde, y lo cuida. Le cura las heridas y lo alimenta (“Faltó que mi amamantara”, cuenta Fierro). Aquí aparece la noción de ‘precariedad’ de Butler: Fierro es una vida que puede ser destruida en cualquier momento, y que casi es aniquilada por el Coronel, un otro. En este caso, la violencia que vincula los cuerpos muestra la dimensión social del cuerpo: siempre hay una exposición hacia la violencia por parte de otro. Pero esa condición social también puede salvar, como ocurre con Cruz. La interdependencia de los cuerpos es clara en esta escena, ya que Fierro necesita los cuidados y el alimento que le propina Cruz para sobrevivir. Esto ocurre porque los cuerpos “no pueden ser pensados sin su finitud y dependen de lo que hay «fuera de sí mismos» para sostenerse” (Cabezón Cámara, 2017: 52).

Cruz se convierte en el objeto de deseo de Fierro: “Y al tercero me besó: /Supe su amarga saliva, /Y supe más, me montó. /Ya nunca quise otra vida” (Cabezón Cámara, 2017:162). De nuevo se narra cómo Fierro cae por fuera de la ‘matriz de inteligibilidad’ al no seguir el imperativo heterosexual. Sus relaciones homosexuales lo vuelven un no-sujeto, un cuerpo abyecto que no materializa coherentemente las normas sexuales al desear a alguien de su mismo género.

Pero el deseo homosexual no es la única incoherencia de las normas sexuales en Fierro. Cuando reaparece en la historia, ya se identifica como mujer. “Vos te cortaste las trenzas//Yo me las hice tejer” (158) le dice a la China cuando se reencuentran, haciendo referencia al cambio de cabello de la protagonista. La idea de la trenza no es una pura cuestión estética, sino que es una línea de fuga respecto a las normas, en tanto existen “ciertos ideales de femineidad y masculinidad, ideales que casi siempre se relacionan con la idealización del vínculo heterosexual” (Butler, 2008:325), que las mismas requieren para poder operar. Los actos ‘performativos’ de Fierro no se corresponden con el género masculino, como debería ser: “Parecía una china disfrazada de flamenco, se le notaba algo macho en una sombra de barba y nada más” (Cabezón Cámara, 2017:157) dice la China cuando lo ve. Además del cabello y la vestimenta, Fierro utiliza pronombres y adjetivos femeninos (“La misma Fierro [...] ha sido jefa...”). Y asume, dentro de la comunidad, un rol históricamente femenino: “Ahora era la madre amorosa de un montón de cachorros” (Cabezón Cámara, 2017: 166). Butler dice que “el efecto del género se crea por medio de la estilización del cuerpo” por lo que “debe entenderse como la manera mundana en que los diferentes tipos de gestos, movimientos y estilos corporales crean la

ilusión de un yo con género constante” (Butler, 2007:273-274). En este punto de la novela *Fierro* muestra ese carácter ilusorio de un género constante al realizar actos, movimientos corporales y gestos de un género diferente.

### 2.3 Comunidad *Iñchiñ*

La comunidad *Iñchiñ* aparece en el último tramo del libro, y se trata de una población de indios que acogen a la China, Liz y Rosario instantáneamente. Es allí donde ocurre el reencuentro con Martín Fierro, ya que también se ha vuelto parte la comunidad. Los *Iñchiñ* presentan algunas características interesantes para ser analizadas desde la teoría butleriana. Desde su primera aparición queda claro que ni la ropa, los adornos, o el modo de vivir están determinados según sexo, lo que difiere de las normas regulatorias sexuales analizadas por Butler. La comunidad tampoco está regida por una ‘matriz de inteligibilidad heterosexual’, como muestran las relaciones sexuales de la China (con Liz, con Kauka, grupales), y las actuaciones de género de ella y Fierro por fuera de las normas sexuales binarias. Este modo de organización social, además, concibe de diferente forma las familias. No son entidades nucleares constituidas por padre-madre-hijos, ni tampoco son cerradas, sino que se construyen en la relación de las distintas personas que la componen, que pueden o no tener lazos sanguíneos:

Nosotros mismos vivimos también así: yo, en la casa que ya es nuestra con Kauka, pero puedo dormir y amanecer en cualquier otra, donde me sorprenda el cansancio, donde me rinda el sueño por la noche; si no es al lado de mi guerrera puede ser al lado de Liz que me recibe con sus curries y sus cuentos muchas tardes y muchas noches me

retiene en su cama, en el de Rosa que les enseña a los mita a domar caballos a puro don o en el de Fierro, con mis hijos y los suyos y esto de escribir que se nos ha dado: duermo con mis amores yo (Cabezón Cámara, 2017: 179)

Los hijos de Kauka, así como Oscar –el esposo de Liz- también forman parte de la familia de la China. Como en el análisis del filme *París en Llamas* (1990) que Butler realiza, aquí también aparecen construcciones de las relaciones de parentesco no hegemónicas. La resignificación de la familia y de los lazos comunitarios de los *Iñchiñ* es una construcción social y discursiva que cuida y protege. Es aplicable la reflexión que Butler establece sobre las ‘casas’ que muestra el filme:

Significativamente, esta elaboración del parentesco forjada a través de una resignificación de los términos mismos que consuman nuestra exclusión y abyección, hace que esa resignificación cree el espacio discursivo y social para la comunidad; en esa elaboración vemos una apropiación de los términos de la dominación que los dirige hacia un futuro más capacitador (Butler, 2008:199).

En la comunidad *Iñchiñ* todos tienen un rol, todos trabajan a la par (solo un mes por cada estación, en el resto del tiempo juegan). No hay jerarquías, sino que rotan de jefes cada cierto tiempo, e incluyen en la rotación a personas tanto antiguas como nuevas (Fierro y la China, por ejemplo, han sido jefes). Tampoco no hay reglas genéricas para gobernar, ya que pueden ser jefes los hombres, las mujeres y las “almas dobles”. De alguna manera, la ‘precaridad’ se ve reducida, quizás, al mínimo: podríamos pensar que

todos son conscientes de la ‘precariedad’ como condición humana, y por ello no establecen relaciones violentas entre los cuerpos. Entienden los cuerpos como lugares abiertos, permeables y, sobre todo, sociales: “Hoy creo que es posible que siempre sea así, que se sienta al mundo en relación con otros, con el lazo con otros” (Cabezón Cámara, 2017:54).

La amenaza, la ‘precaridad’ de hecho vienen de afuera, de la mano del ejército nacional. La comunidad *Iñchiñ* sabe que están en el punto de mira como un obstáculo para el progreso y la operación civilizatoria de la Nación. También reconocen que el conflicto no podrá resolverse de forma pacífica: “El avance argentino iba a ser a hierro y fuego: se anegarían de sangre los guadales” (Cabezón Cámara, 2017: 170). Al ser una población abyecta, de no sujetos, ininteligibles, tanto por cuestiones sexuales como por su organización no jerárquica, está exponencialmente expuesta a la violencia estatal, con una inmensa asignación de ‘precaridad’. Por ello, al ver que no tienen armas para luchar, deciden vivir náuticamente.

### 3. Conclusión

La novela de Gabriela Cabezón Cámara presenta algunas líneas de análisis que son enriquecidas cuando se las trabaja desde las diferentes categorías de Judith Butler. En el caso de *La China* y *Martín Fierro*, hay que recordar que sus recorridos y transformaciones siempre se producen en los marcos de las normas reguladoras y no sobre las bases de una decisión deliberada.

Ahora bien, Butler afirma que “debemos intentar discernir varias estrategias que puedan competir con las normas dominantes de género y esas estrategias son esenciales para cualquier política radical de género y sexualidad” (Butler, 2009:334). Y eso es lo que finalmente hacen los

personajes, al desordenar la continuidad género, sexo, deseo, práctica sexual a través de distintas acciones y performances. Estos desplazamientos de la matriz heterosexual de inteligibilidad los traslada inevitablemente a la ‘zona inhabitable’ de la abyección, a una ‘precaridad’ maximizada. Lo que los salva es el encuentro con los *Iñchiñ*, una comunidad con fuertes lazos sociales que comprende la interdependencia de los cuerpos y su vulnerabilidad. Este tipo de comunidad, en el mundo actual, parecería ser utópica. Y, como en el libro, si existe algo similar está fuertemente amenazada por la ‘matriz de inteligibilidad’ que atraviesa no solo las condiciones genéricas sino también de nación, de raza, de etnia, de clase. Una comunidad así tendría una asignación de ‘precaridad’ máxima, pues pondría en peligro toda la ontología corporal-sexual occidental.

Por último, es necesario recordar el propósito de Butler, al postular su teoría sobre la ‘precariedad’/‘precaridad’, el cual consiste en afirmar que

Si queremos ampliar las reivindicaciones sociales y políticas respecto a los derechos a la protección, la persistencia y la prosperidad, antes tenemos que apoyarnos en una nueva ontología corporal que implique repensar la precariedad, la vulnerabilidad, la dañabilidad, la interdependencia, la exposición, la persistencia corporal, el deseo, el trabajo y las reivindicaciones respecto al lenguaje y a la pertenencia social (Butler, 2010:15).

*Las aventuras de la China Iron*, sobre todo la comunidad *Iñchiñ* que abraza a personajes abyectos como la China y Fierro, puede constituir un buen punto de partida para reflexionar acerca

de los postulados butlerianos en pos de pensar estrategias que nos permitan construir esa nueva ontología corporal que propone la filósofa. De esta forma, será posible pensar nuevos modos de inteligibilidad que no requieran ya la producción de seres abyectos. Nuevos modos para que todos los cuerpos importen. Porque, en definitiva, todas las vidas merecen ser lloradas. O deberían serlo.

### Referencias bibliográficas

- Butler, J. ([1990] 2007). “Sujetos de sexo/género/deseo” e “Inscripciones corporales, subversiones performativas”. En *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós, pp. 45-99; 253-275.
- \_\_\_ ([1993] 2008). “Introducción”, “El género en llamas: cuestiones de apropiación y subversión”, “Acercas del término queer”. En *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*. Buenos Aires: Paidós, pp. 17- 49; 313- 339.
- \_\_\_ ([2004] 2006). “Violencia, duelo, política”. En *Vida precaria*. Buenos Aires: Paidós, pp. 45-78.
- \_\_\_ ([2009] 2010). “Introducción: vida precaria, vida digna de duelo”. En *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires: Paidós.
- \_\_\_ (2009). Performatividad, precariedad y políticas sexuales. En *AIRB, Revista de Antropología Iberoamericana*, Vol. 4. N°3, pp. 321-336.
- Cabezón, G. (2017) *Las aventuras de la China Iron*, Buenos Aires: Random House.